

EL AMAR SE APRENDE

4 de Noviembre de 2018

Evangelio según MARCOS 12, 28b-34

Se le acercó un letrado que los había oído discutir; viendo lo bien que les había respondido, le preguntó:

-¿Qué mandamiento es el primero de todos?

Respondió Jesús:

-El primero es: «*¡Escucha, Israel!: El Señor, nuestro Dios es el único Señor; por eso amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza*». El segundo es éste: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». Mayor que éstos no hay ningún otro mandamiento.

El letrado le dijo:

-¡Muy bien, Maestro! Es verdad lo que has dicho, que es uno solo y que no hay otro fuera de él; y que elamarlo con todo el corazón y con todo el entendimiento y con toda la fuerza y el amar al prójimo como a si mismo está por encima de todos los holocaustos y sacrificios.

Viendo Jesús que había respondido inteligentemente, le dijo:

-No estás lejos del reinado de Dios.

Y ya nadie se atrevía a hacerle más preguntas.



Casi nadie piensa que el amor es algo que hay que ir aprendiendo poco a poco a lo largo de la vida. La mayoría da por supuesto que el ser humano sabe amar espontáneamente. Por eso se pueden detectar tantos errores y tanta ambigüedad en ese mundo misterioso y atractivo del amor.

Hay quienes piensan que el amor consiste fundamentalmente en ser amado y no en amar. Por eso se pasan la vida esforzándose por lograr que alguien los ame. Para estas personas, lo importante es ser atractivo, resultar agradable, tener una conversación interesante, hacerse querer. En general terminan siendo bastante desdichados.

Otros están convencidos de que amar es algo sencillo, y que lo difícil es encontrar personas agradables a las que se les pueda querer. Estos

solo se acercan a quien les cae simpático. En cuanto no encuentran la respuesta apetecida, su «*amor*» se desvanece.

Hay quienes confunden el amor con el deseo. Todo lo reducen a encontrar a alguien que satisfaga su deseo de compañía, afecto o placer. Cuando dicen «*te quiero*», en realidad están diciendo «*te deseo*», «*me apetece*».



Cuando Jesús habla del amor a Dios y al prójimo como lo más importante y decisivo de la vida, está pensando en otra cosa. Para Jesús, el amor es la fuerza que mueve y hace crecer la vida, pues nos puede liberar de la soledad y la separación para hacernos entrar en la comunión con Dios y con los otros.

Pero, concretamente, ese «*amar al prójimo como a sí mismo*» requiere un verdadero aprendizaje, siempre posible para quienes tienen a Jesús como Maestro y hacen una opción por vivir su fe comunitariamente. Para nosotros, la comunidad es un espacio humano único donde tenemos el privilegio de experimentar el amor de calidad. La primera tarea es aprender a escuchar al otro. Tratar de comprender lo que vive. Sin esa escucha sincera de sus sufrimientos, necesidades y aspiraciones no es posible el verdadero amor. Lo segundo es aprender a dar. No hay amor donde no hay entrega generosa, donación desinteresada, regalo. El amor es todo lo contrario a acaparar, apropiarse del otro, utilizarlo, aprovecharse de él.

Por último, amar exige aprender a perdonar. Aceptar al otro con sus debilidades y su mediocridad. No retirar rápidamente la amistad o el amor. Ofrecer una y otra vez la posibilidad del reencuentro. Devolver bien por mal.

Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una *atención* puesta en el otro «considerándolo como uno consigo». Esta atención amante es el inicio de una verdadera preocupación por su persona, a partir de la cual deseo buscar efectivamente su bien. Esto implica valorar al pobre en su bondad propia, con su forma de ser, con su cultura, con su modo de vivir la fe. El verdadero amor siempre es contemplativo, nos permite servir al otro no por necesidad o por vanidad, sino porque él es bello, más allá de su apariencia: «Del amor por el cual a uno le es grata la otra persona depende que le dé algo gratis». El pobre, cuando es amado, «es estimado como de alto valor», y esto diferencia la auténtica opción por los pobres de cualquier ideología, de cualquier intento de utilizar a los pobres al servicio de intereses personales o políticos. Sólo desde esta cercanía real y cordial podemos acompañarlos adecuadamente en su camino de liberación. Únicamente esto hará posible que «los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como en su casa. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la Buena Nueva del Reino?». Sin la opción preferencial por los más pobres, «el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete cada día».

Evangelii Gaudium, n. 199

PARA REFLEXIONAR

- ¿Te resulta sencillo amar a los demás?
- ¿De qué manera expresas tu amor al prójimo?
- ¿Cómo influye la comunidad en tu manera de amar?



QUE TE VEA EN LA LUZ

Que te vea en la luz,
que te vea en la gente,
que te vea en la vida,
que te vea en los pobres.

Que te sienta en el amor,
que te sienta en el dolor,
que te sienta en la alegría,
que te sienta en la entrega.

Que te toque en las lágrimas,
que te toque en las heridas,
que te toque en los gritos,
que te toque en las ausencias.

Que te siga en los caminos,
que te siga en la noche,
que te siga en el cansancio,
que te siga en los sueños.

Que escuche tu voz,
que escuche tu presencia,
que escuche tus palabras,
que escuche tu silencio.

Padre Dios,
que te vea en la luz,
que te sienta en el amor,
que te toque en las lágrimas,
que te siga en los caminos,
que yo escuche tu voz.

Fco. Javier García Gutiérrez